

La fábrica de paños de los Peñas

Dedicatoria:

*A doña Claudia y a don Cipriano Peña,
y a su descendencia, entrañablemente.*

Verdeada luz de agosto en la floresta
y un decano octubre en mi corazón.

Pletórica nostalgia caminante
dulcificando rutas de mi esqueleto.

Erectos, enervantes, jubilosos,
los álamos salieron a esperarme;
aquellos infantiles que conmigo
jugaron al vespertino «esconderiche».

¡Ya estoy aquí, mis árboles amigos!
Alto crecí, como vosotros vivo
raíces que no dejan desprenderme,
y ramas anhelantes de cariño.

¿Qué decís?. Hablad, os lo suplico.
Palpitando sus nuevas lenguas verdes
susurraron luciendo su sonido:

—Aquí seguimos ausentes de cariño,
abiertas nuestras ramas al abrazo,
esperando ese amor que, como el tuyo,
retorne a ser como nosotros niño.

— Firmes soldados de dolor cautivos
sin que nadie recuerde, como antaño,
que amamos a los hombres por instinto.

—Tú sabes bien nuestra quietud erguida
y el tajo que de golpe nos derribe
para abrasar la piedra del invierno.

Pero estamos aquí centinelando
la rota industria de nuestro pueblo vivo,
arañada por zarzas despiadadas,
hasta ese amanecer que tu has predicho.

Viril y audaz, me sonreía el Tilo
memorando la tarde enamorada;
la del primer inolvidable idilio,
cuando tibias sus flores aquietaban
dulces nerviosos arrebatos tímidos.

La fábrica de paños de los Peñas,
manto eficaz de obreros preferidos,
supo de Pascuas y amores florecidos
aliñados de hornazo y perrunillas,
con romances de antiguo y claro vino.

¡Mocerío de risas vigorosas
encendido por roja primavera,
remollándose en el aire del suspiro!

—Adiós, adiós, mis álamos amigos!
Yo también soy un árbol que camina
aferrado al terruño del olvido.

Emilio GONZALEZ DE HERVAS

Madrid, Agosto 1972.